

DANILO CLEMENTONI

EL ESCRITOR

*LAS AVENTURAS DE
AZAKIS Y PETRI*



Este libro es una obra producto de la fantasía. Nombres, personajes, lugares y organizaciones citados son fruto de la imaginación del autor y su objetivo es dar verosimilitud a la narración. Cualquier parecido con hechos o personas reales, vivas o difuntas, es pura coincidencia.

EL ESCRITOR

Copyright © 2016 Danilo Clementoni

1ª edición (en italiano): abril 2016

Editado e impreso por el autor

facebook: www.facebook.com/libroloscrittore

blog: dclementoni.blogspot.it

e-mail: d.clementoni@gmail.com

Derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida de ninguna manera, incluso por cualquier tipo de sistema mecánico y/o electrónico sin la autorización expresa y escrita del editor, a excepción de algunos pequeños pasajes a efectos de ilustrar reseñas o reseñas.

Astronave Theos – La evacuación

«¡Abandonad la nave!» exclamó Azakis desesperado.

La orden perentoria del comandante se difundió al mismo tiempo en todos los niveles de la *Theos*. Los pocos miembros de la tripulación, después de una pequeña vacilación inicial, siguieron automáticamente el procedimiento de evacuación que habían entrenado tantas veces durante las simulaciones de emergencia.

«*Ochenta segundos para la autodestrucción*» anunció de nuevo la cálida y tranquila voz femenina del sistema central.

«¡Ánimo, Zak!» gritó Petri. «No nos queda mucho tiempo, debemos largarnos.»

«¿Pero no podemos hacer nada para interrumpir la secuencia?» replicó Azakis, incrédulo.

«Por desgracia no, amigo mío. De otro modo ya lo habría hecho, ¿tú qué crees?»

«Pero no es posible» dijo el comandante mientras era arrastrado por un brazo por su compañero de aventuras, en dirección al módulo de comunicación interno número tres.

«En realidad, se podría incluso intentar interrumpir de manera manual el procedimiento pero necesitaríamos, por lo menos, treinta minutos y nosotros, tenemos, más o menos, uno.»

«Espera, párate» exclamó entonces Azakis liberándose con un tirón del fuerte agarre del amigo. «No podemos dejar que explote aquí. La ola de energía que generará la deflagración llegaría a la tierra en pocos minutos y la parte visible del planeta sería embestida por una onda de impacto gigantesca que destruiría todo lo que encontrase a su paso.»

«Ya he preparado el control remoto de la *Theos* desde la nave espacial. La desviaremos cuando hayamos subido, siempre que te des prisa» le gritó Petri mientras aferraba de nuevo el brazo del amigo y lo arrastraba a la fuerza en dirección al módulo.

«*Sesenta segundos para la autodestrucción.*»

«¿A dónde la quieres desviar?» continuó Azakis mientras la escotilla del módulo de comunicación interno se abría en el puente de la nave espacial en el nivel seis. «No será suficiente un minuto para conseguir que alcance una distancia tal que...»

«¿Quieres dejar de parlotear?» lo interrumpió Petri. «Cierra el pico y siéntate allí. Yo me encargo.»

Azakis, sin decir nada más, obedeció la orden y tomó asiento en la butaca gris al lado de la consola central. De la misma manera que había hecho ya decenas de veces en situaciones igualmente peligrosas, decidió fiarse completamente de la capacidad y experiencia de su compañero. Mientras Petri trasteaba febrilmente con una serie de hologramas tridimensionales de simulación, pensó en controlar el resultado de la evacuación del resto de la tripulación, contactando de manera simultánea con cada uno de los pilotos. En pocos segundos todos confirmaron la reciente separación de las naves espaciales de la nave nodriza. Estaban alejándose rápidamente. El comandante dejó escapar un hondo suspiro de alivio y volvió a prestar su atención a las maniobras de su amigo.

«*Treinta segundos para la autodestrucción.*»

«Estamos fuera» exclamó Petri. «Ahora desvío la *Theos*.»

«¿Qué puedo hacer para ayudarte?»

«Nada, no te preocupes. Estás en buenas manos» y le guiñó el ojo derecho, así como le habían enseñado a hacer sus amigos terrestres. «Pondré la nave detrás de la luna. Desde allí no podrá hacer daño.»

«¡Maldita sea!» exclamó Azakis. «No lo había pensado.»

«Por eso estoy aquí, ¿no?»

«La onda expansiva se romperá sobre el satélite, el cual asorberá toda la energía. Eres un fenómeno, amigo mío»

«Y no producirá ningún daño en la luna» continuó Petri. «Allí no hay nada más que rocas y cráteres.»

«*Diez segundos para la autodestrucción.*»

«Estoy a punto...» dijo Petri con un hilo de voz.

«*Tres... Dos... Uno.*»

«¡Hecho! La *Theos* está en posición.»

Justo en ese momento, en la cara oculta de la luna, en las coordenadas, en grados decimales, 24,446471 de latitud y 152,171308 de longitud, en el mismo lugar de aquello que los terrestres habían llamado el cráter Komarov, tuvo lugar un extraño movimiento telúrico. Sobre la superficie árida y accidentada del cráter, como si una enorme hoja de espada, invisible se hubiese clavado repentinamente, se abrió una gruesa y profunda hendidura de márgenes perfectos. Inmediatamente después, como si hubiese sido disparado desde el fondo del cráter, un extraño objeto de forma ovalada saltó hacia afuera a una velocidad increíble y se dirigió hacia el espacio, con una trayectoria aproximada de treinta grados de inclinación respecto a la perpendicular. El objeto permaneció visible solo unos pocos segundos antes de desaparecer definitivamente en un fogonazo de luz azulada.

Sobre la nave espacial, desde la apertura elíptica que permitía la visión del exterior, un resplandor cegador iluminó el negro y frío espacio exterior, inundando el interior de la nave con una luz casi irreal.

«Amigo mío, ¿qué te parece si nos vamos de aquí?» sugirió Azakis preocupadísimo, mientras observaba la ola de energía que se expandía y acercaba rápidamente hacia su posición.

«¡Seguidme!» gritó Petri en el comunicador dirigiéndose a los pilotos de las otras naves espaciales. A continuación, sin añadir nada más, maniobró con su propio medio de transporte y lo puso a cubierto rápidamente detrás de la cara de la luna que siempre mira hacia la tierra. «Agárrate con fuerza» añadió, mientras se aferraba firmemente a los apoyabrazos de la butaca del puente de mando sobre la que estaba sentado.

Esperaron, en silencio absoluto, el paso de interminables segundos, con la mirada fija en la pantalla central, esperando que el desplazamiento repentino de la *Theos* hubiese conseguido evitar una catástrofe sobre la tierra.

«La onda de energía se está dispersando en el espacio» dijo tranquilamente Petri. Hizo una breve pausa, a continuación, después de haber verificado toda una serie de incomprensibles mensajes aparecidos en los hologramas que estaban enfrente de él, añadió «La luna ha absorbido perfectamente la parte que iba directamente hacia el planeta.»

«Beh, creo que has hecho un buen trabajo, amigo mío» comentó Azakis después de haber vuelto a respirar.

«La única que ha salido perdiendo ha sido la pobre luna. Ha recibido un buen golpe.»

«Piensa en lo que podría haber ocurrido si la onda hubiese llegado a la tierra.»

«Habría quemado medio planeta»

«¿Estáis todos bien?» se apresuró a preguntar Azakis, mediante el comunicador, a los otros pilotos que, siguiendo las maniobras de Petri, habían puesto también las propias naves espaciales al amparo del satélite. Respuestas reconfortantes llegaron una tras otra y, después de que el último comandante hubiese confirmado tanto las perfectas condiciones de la tripulación como de la nave, se dejó caer sobre el respaldo de la butaca y dejó escapar todo el aire que tenía en los pulmones.

«Todo ha salido bien» comentó Petri satisfecho.

«Sí, pero ¿ahora qué hacemos? La *Theos* ha dejado de existir. ¿Cómo volvemos a casa?»

Tell el-Mukayyar – Un rayo en el cielo

En el campamento base de la doctora Elisa Hunter, la gatita Lulú, después de haber saltado desde los brazos de la arqueóloga, había comenzado a girar nerviosamente por todas partes con la mirada fija en el cielo. El sol estaba a punto de ponerse y una bellísima luna casi llena estaba ya alta en el horizonte.

«Lulú, ¿qué pasa?» preguntó Elisa un poco preocupada, volviéndose hacia la inquieta gata.

«Debe estar triste porque habrá comprendido que nuestros amigos se han ido» comentó Jack lacónico intentando consolarla con algunas rascaditas debajo del mentón.

Al principio parecía que la minina había agradecido las atenciones ronroneando y restregando el hocico en la mano del coronel. De repente, sin embargo, se paró, hizo un ruido extraño y volvió su mirada en dirección al pálido satélite de la tierra. Los dos, asombrados por aquel extraño comportamiento, se volvieron instintivamente en la misma dirección. Lo que vieron poco después dejó a ambos sin respiración. Parecía que un resplandor anómalo envolvía la luna. Una luz blanquísima, que se expandió hasta, más o menos, unas diez veces el diámetro del satélite, formó una especie de contorno alrededor de ella. El acontecimiento duró unos pocos segundos pero fue como si otro sol hubiese aparecido de repente en el cielo a la caída de la noche, iluminando toda la zona con una luz decididamente innatural.

«Pero qué demonios...» consiguió susurrar el coronel, horrorizado.

De la misma manera en que había aparecido la luz anómala se desvaneció y todo pareció volver exactamente a su estado anterior. La luna estaba allí y el sol continuaba perezosamente su descenso detrás de las dunas que se recortaban en el horizonte.

«¿Qué ha ocurrido?» preguntó Elisa asombrada.

«No tengo ni la más remota idea.»

«Por un instante temí que la luna hubiese explotado.»

«Ha sido realmente increíble» exclamó el coronel mientras, con la mano extendida sobre las cejas escrutaba el cielo terso en busca de algún indicio.

«Azakis... Petri...» dijo Elisa de repente. «Debe haberles sucedido algo, lo presiento.»

«Venga, déjalo. Quizás ha sido sólo el efecto de la ignición de los motores de su nave espacial.»

«No es posible. Eso parecía una auténtica explosión. Tu deberías saber más de esto, ¿no?»

«Cariño» comenzó a hablar pacientemente el coronel. «Para ver los efectos de una explosión de ese tipo desde tan lejos, tendrían que haber explotado sobre la luna al mismo tiempo un centenar de bombas atómicas o quizás incluso un millar.»

«¿Pero entonces qué ha sucedido?»

«Podríamos intentar preguntárselo a nuestros amigos militares. En el fondo todavía pertenezco al ELSAD. Con todos los instrumentos apuntando siempre al cielo, un acontecimiento de este tipo no creo que se les haya pasado por alto.»

«Se ha dado cuenta hasta Lulú.»

«Creo que esta gatita es mucho más inteligente que nosotros dos juntos.»

«Los felinos son una raza superior» dijo Elisa mientras cogía de nuevo a la gatita en brazos. «¿Todavía no te habías dado cuenta?»

«Ya. Creo que incluso los antiguos egipcios los adoraban como si fuesen dioses.»

«Justo, amor mío» dijo Elisa, feliz de que la discusión se hubiese adentrado en un campo que ella conocía a la perfección. «Bastet, por ejemplo, era una de las más importantes y veneradas deidades de la antigua religión egipcia, representada o bien con semblante de mujer y cabeza de gata o directamente como una gata. En sus orígenes Bastet era una divinidad del culto solar pero con el tiempo se fue convirtiendo en una diosa lunar. Cuando la influencia griega se extendió sobre la sociedad egipcia, Bastet, diviene definitivamente una Diosa lunar, ya que los griegos la identificaron con Artemisa, personificación de la "Luna creciente".»

«Vale, vale. Gracias por la lección, eximia doctora» dijo Jack irónicamente, enfatizando la frase con una ligera reverencia. «Ahora, sin embargo, intentemos comprender que diablos ha sucedido allí arriba. Voy a hacer un par de llamadas.»

«Cuando quieras, estoy siempre a tu disposición, amor» replicó Elisa, alzando progresivamente la voz mientras el coronel se alejaba en dirección a la tienda laboratorio.

Lulú, ya tranquila, con los ojos cerrados disfrutaba de los mimos que su amiga humana le dispensaba en abundancia.

You've Just Finished your Free Sample

Enjoyed the preview?

Buy: <http://www.ebooks2go.com>